

## El verbo chingar: una palabra clave

Rolando Antonio Pérez Fernández

Escuela Nacional de Música

Universidad Nacional Autónoma de México

Es conocida la trascendencia del aporte de África a la integración de la población mexicana. En particular, los africanos pertenecientes al grupo cultural y lingüístico *bantú* poseyeron especial importancia. Su arribo en numerosos cuantiosos desde finales del siglo XVI hasta mediados del XVII ha sido calificado por Gonzalo Aguirre Beltrán<sup>1</sup>, con justicia, de invasión masiva. Nuevos estudios corroboran esta apreciación,<sup>2</sup> haciendo hincapié en la común identidad histórica y cultural de los mismos.

Este conglomerado de pueblos estrechamente emparentados y depositarios de una cultura homogénea ha contribuido de manera determinante, y en mayor medida que los de cualquier otra área lingüística y cultural de África, a la integración del folclore latinoamericano, incluido México.

En relación con las manifestaciones del folclore africano en el Nuevo Mundo, Roger Bastide ha observado: “en primer lugar que son mucho más numerosas que las manifestaciones religiosas y en segundo lugar que son principalmente de origen bantú. Estamos, pues, frente a un hecho aparentemente paradójico: lo bantú domina en el folclore y en cambio ...su presencia en el plano religioso es episódico”.<sup>3</sup>

Al respecto, es preciso tomar en cuenta un factor tal como cierta actitud psicológica, de parte de esos pueblos, proclive a la aceptación de influjos externos, y que Bastide señala en relación con el sincretismo religioso en el ámbito de la América católico-romana.<sup>4</sup> Pero por contragolpe, la característica señalada hace a los bantúes más aptos para interactuar en todos los terrenos con otros pueblos, para participar de manera más activa y dinámica en los procesos de transculturación.

En la ciudad de México, a principios del siglo XVII, no sólo tenían lugar bailes africanos de presumible origen bantú, sino que también se conspiraba en una lengua bantú: la lengua de Angola<sup>5</sup>. Esto sucedió en un momento de auge de la actividad cimarrona en Veracruz, conducida en lo militar por un negro también de Angola.

Dicha lengua, que identificamos con el *kimbundu*, es vehículo de comunicación utilizado por 1 500,000 hablantes que habitan la región centro-norte de aquel país, constituido hoy en república. Los mismos representan el 91.47% de la población total de la etnia *ambundu* en el continente africano.<sup>6</sup>

El mismo Yanga (cuyo nombre original era Nyanga), líder político de aquellos cimarrones, podría haber recibido este nombre de sus seguidores angolanos, tales como su propio lugarteniente, Francisco de la Matosa. *Nhanga*, en *kimbundu* significa “cazador”, apelativo muy apropiado para quien acechaba y capturaba presas: las caravanas españolas.

Las palabras son parcelas de historia humana y de sociedad y el préstamo refleja los contactos entre lenguas y culturas. Tomando esto en cuenta, analizaremos un vocablo que,

al decir de Octavio Paz<sup>8</sup> y Carlos Fuentes,<sup>9</sup> es el “santo y seña” de México: el verbo *chingar*, con todos sus derivados, el cual alcanza, por consiguiente, la categoría de *mot clé* (palabra clave). Tal como la definiera G. Matoré, es ésta una “unidad lexicológica que expresa una sociedad, es decir, una forma de ser, un sentimiento, una idea en que la sociedad misma reconoce su propio ideal”.<sup>10</sup> La palabra *chingar*, legada por los esclavos procedentes de Angola, identifica hoy a los mexicanos: “conocerla, usarla ... es una manera de afirmar nuestra mexicanidad”.<sup>11</sup> Es “nuestra palabra” y al mismo tiempo, “resumen de la historia”: “se chingaron al indio”, “nos chingaron los gachupines”, “me chingan los gringos”, escribe Fuentes;<sup>12</sup> sin embargo, olvida en su recuento de *chingados* históricos, precisamente a quien legó el vocablo: el africano. Este africanismo constituye por consiguiente, una notable y singular contribución al acervo cultural de México.

El préstamo, tal como el caso que acabamos de referir, consiste en el paso de elementos de un sistema a otro y se da cuando una lengua “utiliza y acaba por integrar una unidad o un rasgo propio anteriormente de una lengua B y que A no poseía”. Por cuanto refleja los contactos entre lenguas y culturas, como antes se dijo, resultan del mayor interés para historiadores y antropólogos.<sup>13</sup>

A fin de que se comprenda el alcance del vocablo en cuestión, hemos de explicar brevemente ciertos aspectos de la visión del mundo propia de los dogon;<sup>14</sup> algunos de los cuales han sido generalizados como expresión de una filosofía africana.<sup>15</sup> Si bien no es éste un grupo étnico de filiación bantú, su concepto de “mala palabra” corresponde al sentido último de los étimos que dieron origen al vocablo mexicano. Para su exposición tomamos como base algunas páginas escritas por la lingüística Geneviève Calame-Griaule.<sup>16</sup>

*Nommo* es uno de los dos grandes principios que se oponen en el universo, encarnado en un personaje mítico homónimo; de él depende todo lo que atañe a la vida, a la fecundidad, al orden, a la humedad, etcétera. El otro gran principio está encarnado por el *zorro*: su opuesto. El concepto de *nommo*, al igual que su contraparte, es un elemento fundamental de una visión del mundo basada en la oposición “vida/muerte”. Así, hay seres en el universo que se dice, están “del lado de *nommo*”, por ejemplo: la totalidad de los animales y plantas acuáticos, afines a la vida; del lado del *zorro* están, en cambio, los animales que se alimentan de carroña, entre ellos, los buitres y las hienas, afines a la muerte.

Los dogon identifican veinticuatro categorías en el universo; por consiguiente, los seres y las cosas están distribuidas en veinticuatro “familias” que es posible subdividir. Entre dichas categorías en que se clasifican tanto los elementos del mundo material, como los diversos aspectos de la cultura, se hallan las de las “instituciones” y las de las “palabras” son “los diferentes niveles en los que se coloca el discurso individual de acuerdo con las circunstancias de la vida social o las condiciones psicológicas en las que se encuentra el sujeto hablante”. Cada palabra está asociada a una técnica (o institución humana) a un animal, a una planta, a una parte del cuerpo humano.

El total de palabras clasificadas de esta manera, suma cuarenta y ocho, ya que éstas se reparten en dos series de veinticuatro -un sistema de oposiciones binarias- que pertenecen a los dos principios antes mencionados: la “vida” y la “muerte”. Desde esta perspectiva, las palabras calificadas como “buena palabra” corresponden a todos los propósitos agradables,

alegres, afectuosos, benévolos que se pueden intercambiar en las relaciones humanas. La buena palabra es pues “fuente de armonía en las relaciones sociales”. Por el contrario, la “mala palabra” se refiere a las surgidas de la “cólera y los sentimientos agresivos”.

En otro plano, el de las “técnicas”, la mala palabra se asocia a la *fragua*, “porque la cólera es quemante y de la misma naturaleza que el fuego”.

El verbo *chingar* posee en México muy diversas acepciones, pero, al igual que la “mala palabra”, su sentido básico es el de agresión. En este análisis pueden ilustrarnos algunos renglones tomados de una conocida obra de Octavio Paz: “En México, los significados de la palabra son innumerables ... Pero la pluralidad de significaciones no impide que la idea de agresión – en todos los grados, desde el simple incomodar, picar, zaherir, hasta el de violar, desgarrar y matar – se presente siempre como significado último. El verbo denota violencia, salir de sí mismo, y penetrar por la fuerza en otro. Y también, herir, rasgar, violar – cuerpos, almas, objetos, destruir”.<sup>17</sup>

A renglón seguido, el citado autor establece un símil vinculando las malas palabras – y la cólera en ellas implícita – con uno de los efectos de fuego. Ello nos remite, pues, a aquella “técnica” dependiente del *zorro*: la *fragua*. He aquí el pasaje: “Las malas palabras hierven en nuestro interior, como hierven nuestros sentimientos. Cuando sale, lo hacen brusca, brutalmente, en forma de alarido, de reto, de ofensa”.<sup>18</sup>

El símil entre la cólera y el fuego es universal, se objetará; concedido pero eso no resta validez al paralelismo que intentamos trazar entre el concepto de los *dogon* de “mala palabra” y la voz *chingar* como la *mala palabra* por excelencia en México. Esta podría ser motivo de amplia reflexión; mas antes de cualquier disquisición al respecto es preciso dejar sentada su precedencia africana.

Existen dos vocablos de la lengua kimbundu directamente vinculados con el *chingar* mexicano, al cual dieron origen: *kuxinga* y *muxinga*. El vocablo *kuxinga* es a la vez verbo y sustantivo. En kimbundu todos los infinitivos están marcados por el prefijo *ku*; los verbos pueden sustantivarse de diversas maneras, una de ellas es pasando con el mismo prefijo a la clase nominal correspondiente. De este modo se obtiene un sustantivo abstracto que nombra la acción del verbo. Así, *kuxinga* que en una de sus múltiples acepciones quiere decir “injuriar”, significa “injuria” al hacer función de sustantivo. Otra de sus acepciones es “descomponer”, como verbo; como sustantivo, significa, pues, “descompostura”. Desde el punto de vista semántico, el sentido de la primera acepción es la agresión moral; el de la segunda, la agresión física, o ambas: es el *destruir* al que alude Paz.

Por su parte, la palabra *muxinga* pertenece a una clase nominal que incluye numerosos sustantivos concretos. Dos de las acepciones de este vocablo son “cuerda” y “vara delgada”, de ahí que también signifique “línea”. Pero, a la vez cuerda y vara son objetos que pueden servir como instrumentos punitivos; por consiguiente *muxinga* significa también “látigo”, “flagelo” y por contigüidad, “latigazo”. En plural, este verbo puede tener entre sus significados el de “zurra”, “tunda”. Así pues *muxinga* (singular) y *mixinga* (plural) son expresión de la agresión física – que obviamente, puede suponer también la agresión moral.

En el cuadro número 1 se resume lo explicado, en él aparecen consignados los vocablos mencionados y sus diversas acepciones. Asimismo, se incluyen tres verbos derivados de *kuxinga* que expresan diferentes matices de significación y en algunos casos resultan sinónimos del vocablo primitivo. Tanto *kuxingila* como *kuxingana* son empleados por el padre António da Silva Maia, misionero secular de la arquidiócesis de Luanda, para traducir al *kimbundu* el verbo “excomulgar”, propio de la doctrina católico-romana. Por último, *kudixinga* corresponde a la forma “refleja” o “recíproca”; de ahí, “disputar, altercar”.

En el cuadro número 2 pueden observarse los diferentes vocablos de la lengua *kikongo* correspondientes a los empleados en *kimbundu*. Hallamos aquí una duplicidad en los radicales sobre los que están contruidos los mismo, pero a la vez, una semejanza fónica entre ellos: de un lado *xinga* o *singa*; del otro, *finga*. Esto sugiere la idea de que el verbo *xinga* y el sustantivo *luxingu* se desarrollaron como metáfora a partir del sustantivo concreto *nxinga* y por contaminación de *finga*. Aquí puede verse el diferente uso de un mismo radical como componente de un sustantivo perteneciente a una clase nominal que sólo comprende nombres de cosas concretas: *nixinga*; y como componente de otro sustantivo que se incluye en una clase nominal caracterizada por agrupar predominantemente nombres abstractos, entre ellos, los que designan sentimientos,<sup>19</sup> como por ejemplo: *luxingu*. Es de señalar que en este cuadro de vocablos de la lengua *kikongo* no aparecen verbos ni sustantivos abstractos que denoten agresión física: sólo agresión moral. El sentido de agresión física corresponde exclusivamente a los sustantivos concretos.

La comparación entre el cuadro 1 y 2 nos muestra que si bien existen antecedentes de *chingar* mexicano en el *kikongo*, el origen de éste ha estado fundamentalmente en la lengua *kimbundu*, del centro-norte de Angola.

En el cuadro número 3 aparecen agrupadas las diversas acepciones de los vocablos *kimbundu*, originales que han pervivido hasta hoy en los diferentes derivados de la palabra *chingar*, ya integrada fonológicamente al español hablado en México y morfologizada de diversas maneras, en correspondencia con su función en la oración y su contenido semántico. Así encontramos el verbo *chingar*, los sustantivos abstractos *chinga* (vituperio o represión) y *chingadera* (ignominia); así como los sustantivos concretos *chinga* (zurra) y *chingadazo* (originalmente “latigazo”, con el sentido general de “golpe”). En cada caso se ha mantenido la referencia, entre paréntesis, a la forma original en la lengua *kimbundu*.

El cuadro no incluye también un aspecto importantísimo del verbo *kimbundu* primigenio que es el sentido de insultar, injuriar, ofender, decir obscenidades, decir palabrotas. Pero es preciso señalar que el vocablo mismo se ha convertido en instrumento para la realización de la acción designada por los referidos verbos. Así pues, las formas del verbo *chingar* ya no designan tan sólo la acción de insultar, de ultrajar, de decir palabrotas, obscenidades: ahora son también, ellas mismas, el *insulto*, la *injuria*, la *palabrota*, la *obscenidad*.

Cuadro 1

Étimos de la lengua *kimbundu*<sup>20</sup>

Agresión Moral		
Verbos	Sustantivos abstractos	Sustantivos concretos
kuxinga ofender injuriar insultar ultrajar vituperar decir obscenidades imprecar desear desgracias difamar menoscabar descomponer desordenar mofarse de	kuxinga  injuria insulto  vituperio   difamación descomposición  menosprecio ignominia	muxinga cuerda vara línea látigo latigazo  zurra
kuxingila excomulgar  kudixinga disputar altercar		

Agresión mora

decir palabrota

Cuadro 2

Étimos de la lengua kikongo<sup>21</sup>

Agresión moral		Agresión física
Verbos	Sustantivos abstractos	Sustantivos concretos
finga injuriar ofender blasfemar	mfingulu injuria	
xinga maldecir	luxingu ultraje insulto	nzinga, nsinga cuerda vara
xingila Imprecar	ofensa injuria afrenta	línea látigo latigazo
xingana maldecir	desprecio	

Cuadro 3

Resultados en el español mexicano

AGRESIÓN MORAL O FÍSICA		AGRESIÓN FÍSICA
VERBOS	SUSTANTIVOS ABSTRACTOS	SUSTANTIVOS CONCRETOS
(KUXINGA)	(KUXINGA)	(MUXINGA)
CHINGAR	CHINGA	CHINGADAZO
menoscarbar	vituperio	latigazo
difamar		
descomponer		
desordenar	CHINGADERA	(MIXINGA)
insultar		
ofender	descomposición	CHINGA
burlar	difamación	
decir palabrotas	desprecio	zurra
decir obscenidades	ignominia	

El primero en ocuparse de este vocablo en México parece haber sido Victoriano Salado Álvarez<sup>22</sup>. Con posterioridad Francisco Santamaría reprodujo, casi íntegramente, sus reflexiones al respecto en sus léxicos, con el juicio de que es “la investigación más escrupulosa del vocablo”.<sup>23</sup> Entre las conclusiones a que arriba Salado Álvarez en relación con la presencia del vocablo en toda Iberoamérica, se cuentan las siguientes:

Probablemente tiene orígenes diversos, de los cuales uno o varios pueden ser americanos.

La acepción gitana que es seguramente la que nosotros tenemos, parece ser la “correcta”.

No parece destinada, sino muy verosímil, la acepción de cópula, que se le da en México y que se halla en muchos lexicógrafos, precisamente por significar cosa prohibida, bastarda y degradante...

Parece debe descartarse toda conexión de la palabra en las lenguas indígenas de México.<sup>24</sup>

Por su parte, Darío Rubio consignó también sus disquisiciones acerca del vocablo,<sup>25</sup> en las que alude a una voz náhuatl: el sustantivo *xinachtli*,<sup>26</sup> “semilla de hortaliza”, como propuesta etimológica para el vocablo *chingaste*, “el residuo que queda en el fondo de un vaso”. Más tarde, Octavio Paz cita a Darío Rubio sugiriendo así un origen náhuatl de la voz *chingar*.<sup>27</sup>

Pero la palabra *xinachtli* no explica ni en el terreno semántico ni en el fonético el origen del verbo *chingar*; aparte de que la difusión de éste en el amplio ámbito iberoamericano quedaría también sin justificación. En cambio, sí puede pensarse en la influencia del *kuxinga* angolano sobre el vocablo mexicano, ya que una de sus acepciones es “menoscabar”; así, en el español de México *chingar*, significa entre otras tantas cosas “consumir, agotar”. El *chingaste* – ya lo sabemos – es lo que queda luego de *consumido* el líquido contenido en un recipiente, hecho que habría favorecido el cruce de esta voz con el *kuxinga* africano en la acepción mencionada.

Juan Corominas y José A. Pascual,<sup>28</sup> encabezan su ficha dedicada al vocablo con la siguiente síntesis: “Chingar, voz de origen jergal, cuyo significado primitivo parece haber sido ‘pelear, reprender’, de donde ‘fastidiar, estropear’; probablemente del gitano *cingarar* ‘pelear’, de origen índico; pero no todas las palabras castellanas en *ching* derivan de este verbo, pues en América se mezclaron con ellas algunos radicales aborígenes”.<sup>29</sup>

Es importante señalar algunos aspectos de la citada ficha lexicográfica: En ella no se hace ninguna mención a las diversas acepciones del vocablo en México; por consiguiente, no se cita al respecto léxico mexicano alguno, siendo precisamente este país “tierra clásica del *chingar*, el *chingadazo*, el *chingado*, el *chingón* y las *chingaderas*”.<sup>30</sup> Citan los mencionados autores el *Diccionario de vocábulos brasileiros*, del vizconde de Beaurepaire-Rohan,<sup>31</sup> en relación con el empleo de la palabra *xingar* o *chingar* en Brasil, en el sentido de “insultar com palavras, descompor”; sin embargo, hacen caso omiso de su propuesta etimológica africana dada a conocer desde fecha tan temprana. Sencillamente no la toman en cuenta; ni siquiera la mencionan. Hay que decir que tanto *(ku)xinga*, como *muxinga* han pasado al portugués brasileño: el primero con la acepción de *insultar, burlarse*; el segundo, con la de *zurra*.<sup>32</sup> Ello es resultado de la estrecha relación habida entre Brasil y Angola en épocas pasadas, a la gran influencia ejercida por el *kimbundun*, en el portugués brasileño. Brasil dependía a tal extremo de la mano de obra angolana que llegó a convertirse en la metrópoli colonial efectiva de aquella región de Africa, en sustitución de Portugal.<sup>33</sup> Es más, en el momento en que Brasil accedió a la independencia, existían allí planes de conformar un imperio unificado que abarcase tanto las excolonias americanas de Portugal, como su colonia africana de Angola.<sup>34</sup>

Por otra parte, la etimología que Corominas y Pascual dan como probable está muy lejos de poder justificar las diversas acepciones americanas del vocablo, en especial, su amplio campo semántico en México. Al respecto, se lee en la mencionada ficha: “Que puede tratarse de una voz de origen gitano lo indica ya el que Quindalé, en su diccionario de este lenguaje, registra *chinga* y *chingarí* ‘disputa, riña, represión’ (desde donde será fácil pasar a la ac. portuguesa ‘insultar’ y de ahí se podría ir sucesivamente a ‘provocar’, ‘fastidiar’, ‘estropear’, ‘hacer fracasar’ y por otra parte, ‘deshonrar a una mujer’, ‘cohabitar’)... Realmente la raíz *cinger* con leves variantes, es común a las hablas zingaras de toda Europa, con el sentido de ‘pelear’ en las de España, Inglaterra, Alemania, Polonia y con el más etimológico de ‘cortar, agujerear, rajar, desgarrar’ en las de Grecia, Rumanía, Rusia, Hungría, etc.: se trata de un compuesto de *cinár*, ‘cortar’ con *kerár* ‘hacer’, ambos de origen índico; comp. La variante española *cinkarelár*, ‘pelar’”.

Esta etimología gitana, como se puede comprobar, difícilmente puede competir con la etimología propuesta ya desde el siglo pasado por Beaufort-Rohan y retomada en este ensayo. Si bien existen cierta similitud fónica y semántica con la palabra *chingar* en América, los radicales gitanos originarios y su variante española *cinkarelar* se hallan más alejados, tanto en un aspecto como en el otro. No puede descartarse, sin embargo, una confluencia; o más exactamente, una influencia del *xinga* africano sobre las hablas gitanas de España, país donde coexistieron gitanos y bantúes durante varios siglos.

Lo analizado más arriba nos lleva a la conclusión de que sigue prevaleciendo en los estudios lingüísticos y en los etimológicos en particular, el desdén y la subestimación de los aportes culturales y específicamente lingüísticos africanos a la América Latina y aún más, a la península Ibérica. Hay dificultad en vencer resistencias en este terreno, y la causa de ello no es sino ideológica. Respecto al estudio y la valoración del aporte africano en la formación de las lenguas criollas, Ulrich Fleischmann ha escrito: “...*el verdadero problema se revela en realidad como ideológico... la investigación etimológica siempre ha buscado sólo el abuelo europeo, sea porque siempre ha estado marcada por un positivismo eurocentrista, sea porque los investigadores casi no tenían acceso a las lenguas no europeas, sea porque –como lo muestra la teoría de la filiación – siempre se buscaron sólo divergencias. La historia de las convergencias todavía está por escribirse*”.

Hemos dado término aquí a nuestra reflexión en torno al origen africano, *kimbundu*, de la palabra *chingar*. Proseguimos, con el examen de contenido en el marco de la oposición vida/muerte, buena palabra/mala palabra.

Retomando el hilo de nuestra meditación, hemos de citar nuevamente a Octavio Paz, ahora en relación con otro aspecto del vocablo estudiado; su connotación social: “*la palabra chingar, con todas estas múltiples significaciones, define gran parte de nuestra vida y califica nuestras relaciones con el resto de nuestros amigos y compatriotas. Para el mexicano la vida es una posibilidad de chingar o de ser chingado. Es decir, de humillar, castigar y ofender. O la inversa. Esta concepción de la vida social como combate engendra fatalmente la división de la sociedad entre fuertes y débiles*”.<sup>35</sup>

Dejando a un lado la inversión que en este pasaje vemos de la prioridad objetiva y natural en la relación causa/efecto (es la división de la sociedad en fuertes y débiles lo que



engendra la concepción de la vida social como combate y no al contrario), hallamos aquí la vinculación de la palabra *chingar* con la oposición antagónica entre “fuertes y débiles”, o mejor dicho, entre opresores y oprimidos, que bien puede ser entre capitalistas y obreros; o entre amos y esclavos. Es esta una problemática en relación con el tema tratado.

La utilización y denominación inescrupulosa y despiadada de los seres humanos hasta convertirlos en cosa, es uno de los sentidos más sobresalientes en el vasto campo semántico de la palabra *chingar*. Así lo ha expresado en forma literaria Carlos Fuentes, a quien citamos más abajo: “¿A quién *chingarás*: a quién usarás? Los hijos de la *chingada* son estos objetos, estos seres que tú convertirás en objetos de tu uso, tu placer, tu dominación, tu desprecio, tu victoria, tu vida: el hijo de la *chingada* es una cosa que tú usas...”<sup>36</sup>

Octavio Paz ha reflexionado sobre este particular, especialmente acerca de la conversión del obrero en cosa: “el obrero moderno carece de individualidad. La clase es más fuerte que el individuo y la persona se disuelve en lo genérico. Porque esa es la primera y más grave mutilación que sufre el hombre al convertirse en asalariado industrial. El capitalismo lo despoja de su naturaleza humana- lo que no ocurrió con el siervo- puesto que reduce todo su ser a fuerza de trabajo, transformándolo por este solo hecho en objeto. Y como a todos los objetos, en mercancía, en cosa susceptible de compra y venta. El obrero pierde, bruscamente y por razón misma de su estado social, toda relación humana y concreta con el mundo: ni son suyos los útiles que emplea, ni es suyo el fruto de su esfuerzo”.<sup>37</sup>

En efecto, en el capitalismo, donde el trabajo muerto, es decir, el capital, en tanto que cosa, alcanza poder sobre el trabajador, el proletario, al que fuerza a vender sus productos y a sí mismo al capital. Con ello se aliena, convirtiéndose en cosa. Más sería interesante analizar, desde esta perspectiva, la situación del africano, quien legó la palabra *chingar*, en el contexto del modo de producción esclavista que Aguirre Beltrán calificó, como la forma más cruel y despiadada de explotación del esfuerzo de trabajo “por deshumanizar, desculturar y destruir la persona hasta convertirla en una cosa, en una simple mercancía”.<sup>38</sup>

A primera vista, la situación del proletario y la del esclavo parecieran ser idénticas analizadas desde el ángulo de la enajenación sufrida. Mas si hurgamos un poco hallaremos una diferencia significativa: la dualidad de la enajenación a que es sometido el negro o mulato esclavo, como fuerza de trabajo y como medio de producción al mismo tiempo. En el examen de este extremo hemos de recurrir al agudo análisis que del trabajo esclavo hace Manuel Moreno Fraginals. En su obra clásica: *El ingenio. Complejo económico-social cubano del azúcar*, ha escrito:

*“Por insoluble contradicción, el esclavo participaba de la doble condición de fuerza de trabajo y medio de producción. Como medio de producción representó generalmente más del 50% del capital fijo o constante del ingenio y era, como todos los medios de producción, cosa que se compraba, vendía, alquilaba, depreciaba y en fin, estaba sujeta a las relaciones legales y económicas de los bienes muebles. Por su carácter de medio de producción estaba vinculado, de modo permanente a la esfera productiva y*

*transfería valor al producto en la misma proporción en que perdía, con su valor de uso, su propio valor de cambio. A su vez como fuerza de trabajo actuaba directamente en la producción reproduciendo su valor diario – equiparando los gastos de mantenimiento a un salario en especie – y añadiendo al producto una determinada plusvalía”.*<sup>39</sup>

Aquí ya no se trata de que el capital, en tanto que cosa, alcance poder sobre el trabajador convirtiéndolo en cosa; sino de que el esclavo es, desde el inicio, una cosa, ya que forma parte del capital mismo, como todos los demás medios de producción. Por consiguiente, la alienación, es decir, la pérdida de sí mismo, la cosificación, es absoluta.

En esas circunstancias, la mutilación, el “menoscabo”, *kuxinga*, que sufre el esclavo de su condición humana es extremo. ¿Puede acaso ponerse en duda el que existan razones sociales para que haya sido precisamente el africano esclavizado quien legara este quemante vocablo? Y eso, haciendo abstracción de otras acepciones del mismo: “ultraje, injuria, menosprecio” y las del otro: “látigo, zurra” (*muxinga, mixinga*).

La *fragua* estaba presente, en sentido recto, sin metáforas de ningún tipo, en el *calimbo*, en las llamas del infierno que prometía la Santa Inquisición cuando excomulga (*kuxingila, kuxingana*) a los danzantes en el siglo XVIII mexicano. Los amos y señores condenaban a los negros al infierno en esta vida; el Santo Oficio, en la vida venidera. ¿Puede extrañarnos, pues, la aparición de cantos como éste?

*Ya el infierno se acabó  
ya los diablos se murieron;  
ahora sí chinita mía  
ya no nos condenaremos.*<sup>40</sup>

Es la vida desafiando a la muerte.

Acerca del *calimbo*, Aguirre Beltrán escribió: “*Con antelación a la venta, el esclavo, además [del examen médico] se ve obligado a sufrir una molestia más; el calimbo de fuego... Tal y como se acostumbra con el ganado se usa con el negro al que se marca con fuego para fijar la propiedad*”.<sup>41</sup> Y deseamos apuntar que también *calimbo* y su variante *carimbo*, usada antiguamente en Cuba, es un vocablo de origen *kimbundu*, derivado del sustantivo *kidimbu, kirimbu*, cuyo significado es “marca”, “sello” (SILVA MAIA, ANTÓNIO DA, pp. 410, 566).

El carácter de agresión – tanto física como moral- de esta práctica, se pone de manifiesto en la siguiente descripción, hecha por Aguirre Beltrán a partir de la declaración de un testigo ante el Santo Oficio. Se trata de un esclavo que no sólo es *calimbado*, sino también flagelado hasta el punto de provocársele la muerte: “*La práctica del calimbo puede antojarse inhumana; pero los esclavistas informan que la operación apenas es dolorosa: se calienta el hierro sin dejarlo enrojecer, se frota el rostro con un poco de grasa, se pone encima un papel aceitado y se aplica el calimbo lo más ligeramente posible. El efecto de la quemadura, afirma, pasa rápidamente y sobre la piel queda impresa una señal indeleble.*”

*No sabemos cuál es la opinión que de aquella práctica infamante [kuxinga] tienen quienes la soportan. Juan de Leiva ... además de la marca sufre azotes [mixinga] que terminan por matarlo”.*<sup>42</sup>

Es importante señalar que esta crueldad e ignominia llegaba a su máxima expresión en las mujeres, a las que generalmente se calimbaba en los senos. Al respecto, pueden consultarse documentos explícitos, como uno donde se lee: “...otra esclava negra nombrada Lucrecia, de tierra Angola, de edad de veinte años poco más o menos, con una señal en el pecho derecho que es una cruz”.<sup>43</sup>

Hoy, a más de medio siglo de la aparición de *La población negra de México*, obra señera, ya no se justifican ni la ignorancia ni la omisión del legado africano a este país. Contra los que persisten en “menospreciar” (*kuxinga*) este importante factor de lo mexicano, faltando a la verdad y cometiendo una injusticia hacia tanto compatriota afroamericano, no cabría imaginar mejor venganza que el aporte del verbo *chingar* por aquéllos a quienes el prejuicio sigue negando su merecido lugar en la historia.

### **Notas Bibliográficas:**

No nos detendremos a examinar en detalle las etimologías propuestas hasta ahora para este vocablo. Nos limitaremos a apuntar algunas cuestiones de especial interés.

<sup>1</sup> AGUIRRE BELTRÁN, GONZALO, *La población negra de México: Estudio etnohistórico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 137; CUIJLA: *Esbozo etnográfico de un pueblo negro*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 9.

<sup>2</sup> NGOV-MVE, NICOLÁS, *El Africa bantú en la colonización de México 1595-1640*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1994.

<sup>3</sup> BASTIDE, ROGER, *Las Américas negras*, Madrid, Alianza Editorial, 1969.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 144.

<sup>5</sup> ISRAEL, JONATHAN, *Razas, clases sociales y vida política en México colonial*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 77.

<sup>6</sup> REDINHA, JOSÉ, *Etnias e culturas de Angola*, Luanda, Actualidades Editora, 1974.

<sup>7</sup> SILVA MAIA, ANTÓNIO DA, *Diccionario complementar portugués-kimbundu-kikongo (linguas nativas do centro e norte de Angola)*, Luanda, Edicoes Cucujaes, 1961, p. 88.

<sup>8</sup> PAZ, OCTAVIO, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 69.

<sup>9</sup> FUENTES, CARLOS, *La muerte de Artemio Cruz*, México, FCE/SEP, 1992, p. 144.

<sup>10</sup> ZAMBONI, ALBERTO, *La etimología*, Madrid, Editorial Gredos, 1988, pp.210-211, 294.

<sup>11</sup> PAZ, OCTAVIO, *op. cit.*

<sup>12</sup> FUENTES, CARLOS, *op. cit.*, p. 144.

<sup>13</sup> ZAMBONI, ALBERTO, *op. cit.*, pp. 119-124.

<sup>14</sup> Grupo étnico de Malí, Africa occidental.

<sup>15</sup> JAHN, JANHEINZ, *Muntu, las culturas de la negritud*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1970.

<sup>16</sup> CALAME-GRIAULE, GENEVIÈVE, “La lengua y la visión del mundo: Problemas de etnolingüística africana”, en: OSCAR URIBE VILLEGAS (coordinador), *La sociolingüística actual. Algunos de sus problemas, planteamientos y soluciones*, México, UNAM, 1974, pp. 201-204.

<sup>17</sup> Paz, Octavio, *op. cit.*, p. 69.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>19</sup> Dereau, Léon, *op. cit.*, pp. 20-21.

<sup>20</sup> Silva Maia, António da, *op. cit.*, pp. 10, 28, 30, 114, 147, 190, 199, 204, 208, 273, 349, 365, 392, 403, 418, 449, 495, 594, 632, 652, 657.

<sup>21</sup> Dereau, Léon, *Cours de Kirongo*, Hamur, Wesmael-Charlier, 1955, p. 56; Karl Edvard Laman y M. Westling, *Vocabulaire Kirongo. Français Kirongo, Kinshasa*, Edition Lecon, pp. 7414; António Da Silva Maia, *op. cit.*, pp. 30, 114, 306, 334, 349, 393, 403, 449 y 632.

<sup>22</sup> SALADO ÁLVAREZ, VICTORIANO, *Mejico peregrino. Mejicanismos supervivientes en el inglés de Norteamérica*, México, Talleres del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1924, pp. 199-134.

<sup>23</sup> SANTAMARÍA, FRANCISCO I., *Diccionario de mejicanismos*, México, Editorial Porrúa, 1983, tomo I, p. 397.

- <sup>24</sup> SALADO ALVAREZ, VICTORIANO, *op. cit.*, p. 134.
- <sup>25</sup> RUBIO, DARÍO, *Anarquía del lenguaje en la América española*, México, 1925, pp. 149-155.
- <sup>26</sup> El vocablo *xinachtli*, “semillas de legumbres”, se compone del radical *xini*, “caer, desplomarse, destrozarse”, hablando de un muro, etcétera; así como de *achtli*, “grano, pepita, semilla”.
- <sup>27</sup> PAZ, OCTAVIO, *op. cit.*, p.68.
- <sup>28</sup> COROMINAS, JUAN Y JOSÉ A. PASCUAL, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Editorial Gredos, 1989, volumen III, pp. 365-366.
- <sup>29</sup> *Ibid*, documento 1867.
- <sup>30</sup> SANTAMARÍA, FRANCISCO I., *op. cit.*, tomo I, p. 400.
- <sup>31</sup> BEAUREPAIRE-ROHAN, *Diccionario de vocábulos brazileiros*, Río de Janeiro, Imprenta Nacional, 1889.
- <sup>32</sup> MENDONCA, RENATO, *A influencia africana no portugues do Brasil*, Río de Janeiro, 1935.
- <sup>33</sup> Centro de Estudios Angolanos, *Historia de Angola*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1979.
- <sup>34</sup> SOMBRA SARAIVA, JOSÉ FLAVIO, “Silencio y ambivalencia: en el mundo de los negros en Brasil”, en: *América negra*, No. 6, diciembre 1993, pp. 37-49.
- <sup>35</sup> PAZ, OCTAVIO, *op. cit.*, p. 71.
- <sup>36</sup> FUENTES, CARLOS, *op. cit.*, p.146.
- <sup>37</sup> PAZ, OCTAVIO, *op. cit.*, p. 61.
- <sup>38</sup> AGUIRRE BELTRÁN, GONZALO, “Hyanga y la controversia en torno a su reducción a pueblo”, en: *Jornadas de homenaje a Gonzalo Aguirre Beltrán*, Veracruz, Instituto Veracruzano de Cultura, 1988, p. 129.
- <sup>39</sup> MORENO FRAGINALS, MANUEL, *El ingenio. Complejo económico-social cubano del azúcar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, vol. II, p. 14.
- <sup>40</sup> Archivo General de la Nación (AGN), Inquisición, volumen 1297, 1784, ff. 16-24.
- <sup>41</sup> AGUIRRE BELTRÁN, GONZALO, *El negro esclavo en Nueva España. La formación colonial, la medicina popular y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 41.
- <sup>42</sup> *Ibid*, p. 43.
- <sup>43</sup> AGN, Historia, 177, 223, 332, 406, 407.